

de muchos de esos principios. No descuidó Wilson ocasión alguna solemne en que no los proclamara e hiciera de ellos la enseña de su próximo triunfo. Vencedor Wilson, con él han vencido aquellos principios tutelares.

Con Wilson han triunfado también quienes, como W. J. Bryan, aquel Apóstol elocuente y prestigioso de la causa del Derecho y de la Paz, hicieron la campaña electoral, defendiendo con entusiasmo las ideas y los actos del Presidente. Bryan recorrió diez y nueve Estados en ocho semanas, durante las cuales pronunció varios discursos diarios. *The Literary Digest*, de Nueva York, indica cómo en los Estados Unidos recorridos por Bryan fué especialmente notable el voto en favor de Wilson.

«No cambio por votos mis principios», dijo Wilson en memorable día a las multitudes que lo aclamaban, para reiterar su adhesión inquebrantable a sus viejos ideales, aquellos que él había enseñado a la juventud en las cátedras universitarias y propagado en las múltiples producciones de su pluma erudita y vibrante, y para decir a los electores de noviembre que sólo debían favorecerlo aquellos a quienes dichos ideales fueran gratos, sin esperar que el rodar voltario de las necesidades de la lucha política pudiera perturbar la fe inquebrantable o las añejas convicciones del candidato.

Pocos días antes de que se iniciara la campaña electoral con la reunión de las Convenciones de Chicago y San Luis, en discurso pronunciado ante la «Liga para la defensa de la paz», el 27 de mayo, sintetizó Wilson en esta fórmula sus ideas de justicia internacional:

«Los pequeños Estados del mundo tienen exactamente el mismo derecho a que se respete su soberanía y su integridad territorial que el que tienen y defienden las grandes y poderosas naciones.»

«El mundo tiene derecho a libertarse de toda perturbación de la paz internacional, originada en las agresiones o faltas de respeto contra los derechos soberanos de los pueblos y naciones.»

Reunida en San Luis, el 14 de junio pasado, la Convención democrática que por unanimidad aclamó a Wilson su candidato, dicha Convención, por insinuaciones recibidas del último, incorporó en el programa respectivo los conceptos citados, los cuales han sido corroborados y ampliados por su autor en varios de los trascendentales discursos pronunciados por él durante la campaña electoral y en los que en forma tan elocuente ha defendido los actos de la Administración inaugurada en 1913, los anhelos y propósitos del partido demócrata y las personales ideas de política interior y exterior de su Jefe.

Hablando el 14 de octubre en su residencia de verano de Long Branch ante cinco mil ciudadanos de Pensylvania que habían ido a ofrecerle su adhesión y contestando con la serenidad que ha caracterizado sus discursos eleccionarios a los ataques de sus enemigos, reafirmó en forma aun más categórica sus ideas sobre la justicia entre las naciones. «Con el concurso de la Providencia divina, dijo Wilson aquel día, se constituirá al fin en el mundo una liga de naciones, de tal suerte formada, que la humanidad comprenda que ningún hombre puede llevar a una nación a agre-

INTERESANTE material el próximo número